

La influencia de la cultura machista en la violencia de género

Antonio García Domínguez

Trabajador Social. Experto en Género e Igualdad de Oportunidades. Miembro de la Coordinadora Estatal de AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género)

Índice:

1.- SISTEMA SEXO Y GÉNERO. LA CONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD MASCULINA

2.- EL ETERNO DEBATE ENTRE LO BIOLÓGICO Y LO CULTURAL. EL MACHISMO ATENTA CONTRA LA NATURALEZA HUMANA

3.- EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN DE GÉNERO: PROCESOS Y CONSECUENCIAS

4.- LA RESPONSABILIDAD DE LOS HOMBRES

5.- FACTORES AFECTIVO-EMOCIONALES, EN EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

6.- CONSECUENCIAS

7.- OTRO MODELO EMOCIONAL ES POSIBLE

8 ¿PERFIL DEL MALTRATADOR?

9.- LAS BASES PARA LA VIOLENCIA DE GÉNERO

1.- SISTEMA SEXO Y GÉNERO. LA CONFIGURACIÓN DE LA IDENTIDAD MASCULINA

El sexo hace referencia a una realidad muy amplia, que implica unos procesos de diferenciación que se extienden a lo largo del ciclo vital, procesos que van a estar determinados y condicionados por factores biológicos, psicológicos y sociales en permanente interacción. El producto final de todo ello será un varón, una mujer o un sujeto ambiguo (polimorfismo sexual).

El género es una construcción social. Parte de la diferencia biológica entre tener pene o no tenerlo, nombrando hombres a los poseedores y mujeres a las no poseedoras para, posteriormente, manifestar expectativas diferentes para unos y otras, limitando su libertad. A partir de ahí, la sociedad espera un papel social concreto: eso es lo que denominamos género.

Muy a menudo, las expectativas que se tienen respecto a uno y otro sexo son inconscientes. Esto no las hace menos importantes, sino mucho más peligrosas puesto que mientras sigan estando en nuestro inconsciente no podremos liberarnos de ellas –se invisibilizarán- y seguiremos estando bajo su férrea dictadura.

De hecho, esperamos cosas distintas de los hombres y las mujeres, es decir, añadimos género –expectativas sociales- a los sexos humanos. La buena noticia es que estas expectativas pueden ser modificadas.

Históricamente, la sociedad ha dividido a las personas según el sexo con que nacían, asignándoles roles e identidades culturales (de género) distintas y no equiparables en derechos y oportunidades. En esta sociedad patriarcal, la mujer ha sufrido una grave discriminación estructural que aún perdura, aunque utilizando en muchos casos nuevas formas.

A los hombres, el papel e identidad de género asignados, les ha otorgado una posición de privilegio sobre la mujer. Esta situación ha generado un modelo de masculinidad predominante, llamada tradicional, patriarcal o hegemónica, que está basada en los valores de poder, fuerza, exigencia, competencia, rivalidad e imposición. Se trata de un modelo de persona en el que lo afectivo-emocional está devaluado y el mundo exterior, lo político-social, sobredimensionado. Generación tras generación, y mediante lo que hoy conocemos como proceso de socialización de género, esta situación se ha reproducido e, incluso, consolidado.

Las mujeres, gracias fundamentalmente al movimiento feminista, han desarrollado en los dos últimos siglos, un proceso de identificación y denuncia de su situación de discriminación. Es lo que conocemos como teoría de género.

Entendemos por modelo tradicional de masculinidad, el conjunto de valores, ideas y actitudes que históricamente, han determinado cómo debe ser un hombre. Este modelo tradicional de masculinidad es una de las piezas claves del patriarcado, término que utilizamos para referirnos a nuestra propia sociedad, en tanto que en ella se ha

establecido una clara distinción en roles e identidades, entre lo masculino y lo femenino y en la que el hombre ha contado con una serie muy amplia de privilegios a costa de la discriminación de la mujer.

Lo podríamos describir a través del siguiente perfil:

- La idea básica es la de fuerza-imposición. El hombre ha de ser fuerte, siempre fuerte y en todo momento. Y lo que es peor, ante sí mismo. El hombre no puede permitirse la debilidad. Esto es especialmente cierto en todos aquellos temas en que los hombres sientan que se pone en juego su masculinidad y/o las relaciones con las mujeres.
- La masculinidad es un club selectivo en el que hay que ganarse la admisión demostrando que se es digno representante de los “valores masculinos”. Tradicionalmente, el ingreso se hacía mediante rituales de iniciación. En este apartado es necesario destacar la homofobia dirigida a los hombres homosexuales, que han sufrido una discriminación histórica.
- El hombre mira a lo público y lo social. En ese escenario es donde se mide constantemente con sus rivales (los otros hombres) y consigo mismo (su gran rival).
- A través de un largo proceso histórico, el hombre se ha acostumbrado a ver a las mujeres como seres inferiores que le han de respetar y cuidar. Su maltrecha seguridad personal (siempre agredida por las altas exigencias que el modelo impone en el ámbito de lo social) se ha visto compensada por su posición de poder y privilegio indiscutido ante las mujeres. Al menos ahí, siempre mantenía un reducto de seguridad.
- En el terreno de lo privado, el hombre lo que pide es una compañera que desarrolle la función de acompañante y cuidadora del “descanso del guerrero”. Delega en ella las cosas “poco importantes”: gestión y cuidado de la casa, cuidado de los hijos y mayores, y relaciones sociales/familiares.
- Su función tradicional en la familia es de protector y proveedor, además de impartir justicia desde su autoridad.
- En la sexualidad, este modelo de poder, fuerza, exigencia y supremacía sobre la mujer, ha dado lugar al mito del supermacho y a una sexualidad que desconoce de la cercanía y comunicación que este tipo de relación lleva inherentes.

La personalidad masculina se ha ido conformando históricamente como respuesta a este conjunto de premisas y exigencias. Es una estructura personal que ha sido adaptativa durante milenios, en tanto que sus poseedores debían desempeñar funciones de mando y lucha. Ha permitido, además, que generación tras generación, los hombres hayan ido afianzando su poder masculino.

Pero pasados los años, se está demostrando una estructura muy poco adecuada para el cambio hacia valores y relaciones en igualdad.

2.- EL ETERNO DEBATE ENTRE LO BIOLÓGICO Y LO CULTURAL. EL MACHISMO ATENTA CONTRA LA NATURALEZA HUMANA

A menudo, cuando trabajo con hombres, una de las principales líneas argumentales en defensa del estatus quo establecido, se refugia en la naturaleza humana. Es el debate entre lo biológico y lo cultural al que tantas veces hemos asistido. También muchas mujeres se apuntan a esta posición, no en defensa propiamente de la cultura machista pero sí de los valores que tradicionalmente se adjudican a la feminidad.

Los hombres, muchos hombres, piensan honestamente que ellos son así. Que esto no es una cuestión cultural o, al menos, no principalmente. Se miran a sí mismos, escrutan entre sus recuerdos y se ven así desde siempre. La conclusión es “¡Esto es lo natural!”. Y la consecuencia de ello: no es que seamos machistas, es que somos así y, consecuentemente, el feminismo pretende cambiar la naturaleza humana construyendo una sociedad artificial que nos obliga a despojarnos de nuestra identidad natural.

En esta línea argumental, el origen de las resistencias masculinas al cambio y la actual situación de desubicación en que se encuentran gran número de hombres, provendría de la incompatibilidad entre las exigencias que nos llegan desde las filas de la igualdad con nuestra propia naturaleza.

Intento comprender de dónde proviene esta creencia que, en muchas ocasiones, es sentida honestamente por quienes la expresan, más allá de otras posiciones de defensa del poder y privilegios masculinos, que también aparecen frecuentemente. En mi opinión, se dan tres factores fundamentales:

1.- Aprendemos el sistema de valores patriarcal antes de tener uso de razón. Efectivamente, el proceso de socialización de género comienza desde el primer día de vida e, incluso, antes. Cuando el ser humano empieza a tener la suficiente capacidad cognitiva como para poder evaluar lo que le llega desde el exterior, hecho que se produce alrededor de los 7 años, ya llevamos todo ese tiempo de profunda socialización sexista. Incluso cuando los hombres echan mano de sus recuerdos más remotos, aquellos que provienen de los primeros años de vida, no les aparece otra cosa que patriarcado. Así pues nos enfrentamos a un enemigo, la cultura machista, que empieza a jugar duro y, con ventaja, ya desde el primer minuto del partido, mucho antes de que estemos preparados para ello.

2.- Este proceso de socialización, nos llega desde las personas más cercanas, las que más queremos o damos autoridad. A menudo pregunto ¿Qué estamos dispuestos a hacer para cumplir las expectativas de nuestros padres y madres a la edad de 4 años? La respuesta es contundente: todo, lo que haga falta, nos moldearemos en lo que sea

necesario para ello. Y no olvidemos a la familia extensa, los grupos de iguales, medios de comunicación, las figuras referentes y de autoridad, etc.

3.- Este sistema de referencias y patrones, actúa además como un pre-aprendizaje, invisible en muchos aspectos pero del que echaremos mano a lo largo de nuestra vida adulta, cada vez que nos enfrentemos a nuevas situaciones. Es un fenómeno que se da mucho en la crianza de hijos e hijas y hace que, a menudo, nos sintamos más cómodos/as siguiendo los patrones culturales que nos han inculcado desde la primera infancia que aventurándonos en cambios.

La defensa biológica se ha basado ancestralmente en las ideas de fuerza física y en el dualismo sexual. Los hombres debían cumplir su papel de machos y, para ello, la naturaleza nos determina dotándonos de la fuerza física, el ímpetu varonil y la sexualidad animal y promiscua propias de los machos de cualquier especie. De ahí surgiría un patriarcado que, a diferencia de lo que ocurre cuando aplicamos el análisis de género, no se contempla como discriminatorio para las mujeres. Sencillamente, cada cual tiene un papel, diferente y no comparable.

Este planteamiento es alentador para aquellos hombres reacios al cambio, temerosos de iniciar un camino ante el que les puede más el miedo a los riesgos e incertidumbres que exige, que las expectativas de las ganancias prometidas.

Desde hace años, mi respuesta a este debate es que tenemos tantas capas culturales promovidas por el paradigma patriarcal que, en estos momentos, es imposible que sepamos qué quedaría si fuésemos capaces de liberarnos de ellas. No sabemos, realmente, cómo será esa primera generación de niñas y niños que nazcan libres de cultura sexista (nos faltan cientos de años para llegar ahí, según previsiones de la ONU).

Con el tiempo, uno de los puntos de mayor interés para mí ha sido el estudio de la condición masculina y la que, en mi opinión, es su característica más relevante y pieza clave para poder promover cambios: los terribles efectos que el estereotipo de masculinidad patriarcal tiene en el mundo emocional de los hombres. Esta cuestión la abordo desde un modelo al que denomino “De las 4 emociones básicas”¹, aquellas que compartimos todos los mamíferos y que son la alegría, la tristeza, el miedo y la ira-
rabia.

La idea fundamental que subyace en el modelo es que el mandato básico que se transmite en el proceso de socialización masculino es la de fuerza. El mensaje que recibe el niño ya a muy temprana edad es; has de ser fuerte, siempre, ante todo el mundo y, lo que es más destructivo para los hombres, ante ti mismo. Cuando nacemos, el Patriarcado nos dice: muchacho, has tenido una gran suerte, has nacido hombre, perteneces al club de los líderes. Lo serás en algún aspecto de la vida, en el trabajo, en

¹ El apartado 5 de esta capítulo **Factores afectivo-emocionales, en el origen de la violencia de género**, se desarrolla más ampliamente este concepto.

la política, en algún ámbito y, en cualquier caso, lo serás en tu casa. Pero para merecerlo, has de cumplir con lo que se espera de ti, con lo que se espera de un hombre.

Gracias a este instrumento de análisis, ahora cuento con una nueva razón, un argumento que me parece aún mucho más contundente: el machismo va contra la naturaleza de los hombres, la cultura machista ha atentado contra nuestra biología masculina, obligándonos a ocultarla bajo la autoexigencia de cumplir con el rol asignado a lo masculino. Y ello nos hace estar muy mal preparados para gestionar nuestra vida de forma integral, positiva y madura.

El alumbramiento se produce cuando se analizan las repercusiones que tiene el mandato de fortaleza en la gestión de nuestro mundo emocional. Sencillamente, es imposible hacerlo compatible con la aceptación de varias de esas emociones básicas, especialmente, el miedo. Y recordemos que el miedo, al igual que el resto de las emociones mencionadas, es necesario para una adecuada interacción con nuestro ambiente. Dicho de otra manera, necesitamos el miedo para, integrándolo de forma positiva, poder afrontar las diferentes situaciones que se dan en nuestra vida. Sin embargo, la solución que encontramos los hombres, ya a muy temprana edad, es la de tapar, negar nuestro mundo emocional. Lo que es lo mismo que decir, negar nuestra propia naturaleza.

Cómo, si no, podemos denominar a ese proceso socializador que obliga a los hombres a distanciarse de su mundo interior, a rechazar una parte de su esencia. A esa cultura que nos impone un modelo de relación, limitado y violento, con nuestros seres más queridos, incluyendo una forma de paternidad que nos coloca en un segundo plano y genera una cruel distancia de nuestras hijas e hijos. O a ese proceso de aprendizaje negativo que nos exagera el deseo sexual hasta el extremo de distorsionar nuestra visión de las mujeres, cosificándolas en objetos de un deseo que, paralelamente, nos hace esclavos permanentes.

Y, para colmo, los propios hombres reconocen en las mujeres más fortaleza vital que en ellos mismos. Realmente es impensable que no fuera así. Es imposible que alguien que ha castrado una parte fundamental de sí mismo, pudiera contar con más instrumentos de gestión y adaptación social que quien no lo ha hecho.

El machismo ni siquiera nos da, realmente, lo más básico de lo que promete.

3.- EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN DE GÉNERO: PROCESOS Y CONSECUENCIAS

Todas y todos somos producto de esta sociedad sexista que nos limita como personas. Y esto incluye tanto a mujeres como a hombres. Centrándonos en estos últimos, podemos decir que, de todos los relacionados anteriormente, el mensaje básico del proceso de socialización masculino es:

- Has de ser FUERTE, siempre fuerte, en todo momento, ante todo el mundo y ante ti mismo.
- Con la fuerza y mediante la lucha y la imposición, se consiguen cosas.
- Se espera de ti que cumplas con estas expectativas. De lo contrario, pensaremos que no vales.

Hay unas reglas estrictas que hay que cumplir:

- Plena aceptación del modelo de fuerza y poder para los hombres.
- Participación en la carrera por la validación del grupo, aceptando estos valores.
- Exclusión de quienes no cumplen con estas condiciones.
- Negación y minusvaloración de lo femenino.
- Hiper-valoración de lo social, público, externo.
- Infra-valoración de lo personal, privado, interno.

Si lo eres/haces, tendrás:

- Un papel de líder en tu clan/sociedad.
- Poder, aceptación y validación social.
- Seguridad y superioridad. Sensación de pertenencia al grupo social dominante.
- Posibilidades plenas de participación y autorealización social.
- Éxito social y con las mujeres.

Si no lo haces... Serás expulsado del club de los líderes/machos. (al no haber modelo alternativo, esto significa la marginación y el vacío social).

En este punto, es importante mencionar el control social como reforzador negativo del cambio en los hombres, fundamentalmente mediante bromitas, aislamiento y exclusión e infravaloraciones.

Siempre me parece importante que no menospreciemos la capacidad del enemigo contra el que luchamos. El patriarcado, el machismo, tiene miles de años y miles de generaciones en las que se ha ido construyendo y optimizando este proceso de socialización. Y, por tanto, muchos atractivos. En este sentido, nunca se nos pueden olvidar las ganancias que obtiene un hombre por aceptar la cultura machista:

- Poder. Sensación de poder. Chulería. Descarga de adrenalina.

- Aceptación y validación por parte del grupo/cultura dominante. Sensación de pertenencia a esa cultura dominante (autoaceptación y no necesidad de autocuestionamiento).
- Superioridad con respecto a quienes no están en ese grupo: mujeres, homosexuales, hombres débiles.
- Éxito con las mujeres (no olvidemos que, especialmente entre la población adolescente y primera juventud, los chicos que más éxito tienen con las chicas son los que siguen al pie de la letra el modelo tradicional de masculinidad).
- Comodidad. Disponibilidad de tiempo y no responsabilización.
- Erótica del poder y del riesgo

En definitiva, el modelo tradicional-patriarcal aporta tres cosas claves en la vida:

- Poder/seguridad
- Aceptación/validación
- Sexo/amor.

Las consecuencias las padecemos todas las personas. Las conocemos, pero es bueno recordarlo. Respondamos a la pregunta de qué tipo de persona se construye:

- Personalidad muy bien adaptada evolutivamente (desde hace miles de años) para el ejercicio del liderazgo social pero muy mal adaptada para el cambio (auto-cuestionamiento) que es lo que se pide ahora.
- Empoderamiento basado en la fuerza y el poder sobre los/as demás. Sentimiento de superioridad sobre mujeres, homosexuales y otros grupos.
- Sensación (especialmente en situaciones de examen social y/o reto personal) de tener que demostrar la propia fuerza y poder, para ser validado socialmente como miembro de pleno derecho del grupo social líder (hombres fuertes).
- Dificultad para sentirse a gusto/validado, siendo uno más del grupo. Necesidad de destacar.
- Alto aprendizaje de la gestión del poder y la competición. Habilidades sociales y de gestión.
- Bajo aprendizaje de gestión emocional.
- Escasas habilidades personales y de intercomunicación vital: afecta a la pareja, a las amistades, al ejercicio de la paternidad, etc.

- Su función tradicional en la familia es de protector y proveedor, además de impartir justicia desde su autoridad.
- Falsa autoestima: dependiente del continuo reforzamiento externo. Muy frágil.
- Empoderamiento en el modelo que se conoce y acepta. Liderazgo autoritario.
- Miedo al avance de las mujeres y a la “revancha”. Misoginia.
- Miedo a la diferencia (abre la puerta a la posibilidad de que mi elección no haya sido la mejor). Homofobia: homosexualidad, hombres que no aceptan el modelo...
- Aislamiento en el poder. Soledad vital.
- Roles sexuales acordes con el modelo. En la sexualidad, este modelo de poder, fuerza, exigencia y supremacía sobre la mujer, ha dado lugar al mito del supermacho y a una sexualidad que desconoce de la cercanía y comunicación que este tipo de relación lleva inherentes
- Cultura del riesgo (accidentes laborales y de carretera, drogas...)
- Salud: aparente fuerza y negación de la debilidad. Vivimos 7 años menos

Simplificando (bastante) nos encontraremos con 3 tipologías, que interactúan entre sí y, a menudo, mantienen fronteras muy variables y permeables:

- La mayoría de los hombres, aproximadamente el 80%, está situado, en el discurso de lo políticamente correcto, es decir, han aprendido a mantenerse en lo socialmente aceptado pero, sin embargo, no han realizado ningún cambio real, interior, hacia posiciones igualitarias. La podemos denominar mayoría desconcertada o desubicada.
- Aproximadamente el 10% de los hombres han adoptado una actitud contraria a las mujeres y su avance. Son los nuevos misóginos, los defensores del hombre, pues basan su discurso en el planteamiento de que los hombres son los nuevos discriminados ante el avance abusivo de las mujeres. Actualmente se ha acuñado el término de neomachismo para referirnos a este movimiento.
- En el otro extremo, aproximadamente el 10% de los hombres, mantienen posturas que se pueden considerar sustancialmente igualitarias y favorables al avance de las mujeres. Los podemos llamar hombres igualitarios. Podrían ser identificados como aquellos hombres que no se contentan con la asunción del discurso de lo políticamente correcto sino que intentan, además, integrar estos valores en su vida y relaciones.

La actitud generalizada de los hombres ha sido, pues, de resistencias activas y/o pasivas (estas últimas se dan más en los últimos años dándose nuevas formas “neomachistas” más sutiles y efectivas).

En la actualidad, puede afirmarse que el machismo no se basa ya tanto en la idea de la superioridad del hombre sobre la mujer sino, más bien, en la necesidad de unión masculina como defensa ante el avance de las mujeres, en la convicción de que el nuevo escenario de igualdad que se está creando significará una pérdida para los hombres.

La idea generalizada entre los hombres se puede resumir con las siguientes frases:

- Con la igualdad, las mujeres ganan y los hombres perdemos.
- Las mujeres han ganado fuerza y empuje en los últimos años y los hombres la hemos perdido.
- Hay que tener cuidado de que el avance de las mujeres no haga dar la vuelta a la tortilla y conlleve, en un futuro próximo, la sumisión del hombre al poder femenino.
- Los poderes públicos se han alineado con las mujeres y no tienen en consideración a los hombres.
- Si bien la igualdad parece inevitable, haré todo lo posible para que no me afecten los cambios más allá de lo estrictamente necesario.

Esta situación se ha visto reforzada por el hecho de que los mensajes de las políticas de igualdad, han sido recibidos por los hombres en negativo. Son mensajes de búsqueda de la justicia y exigencias hacia los hombres. Estos mensajes son justos, necesarios y hay que mantenerlos, pero deben acompañarse de un mensaje en positivo hacia los hombres: cada vez hay más hombres que están cambiando y dándose cuenta de las ganancias de ese cambio, porque **LOS HOMBRES TAMBIÉN GANAMOS CON LA IGUALDAD.**

Por otro lado, aún no se han generado grupos, teorías, valores y referentes sociales de la nueva masculinidad igualitaria. Este es un importante factor que está dificultando el cambio en aquellos hombres que, estando más proclives a las ideas igualitarias, no encuentran los modelos positivos necesarios para ponerlo en práctica. También es un factor decisivo en los procesos de socialización de los hombres jóvenes, niños y adolescentes a los que no se proporciona referentes positivos de masculinidad.

4.- LA RESPONSABILIDAD DE LOS HOMBRES

La culpabilidad social es un estigma que paraliza, genera rencores y dificulta el cambio. Es mucho más eficiente, pues, trabajar con la idea de responsabilidad, pues resalta lo

positivo y la capacidad de los individuos y grupos sociales de ser protagonistas de ese cambio.

Los hombres contemporáneos, si bien no somos culpables del sexismo, la discriminación y la violencia sufrida por las mujeres durante miles de años, sí hemos de asumir nuestra responsabilidad histórica ante esta situación, tanto a título individual como colectivo.

Nuestra responsabilidad individual va dirigida a no convertirnos en reproductores del sexismo en nuestras vidas y relaciones. Para ello se hace necesario realizar procesos individuales y/o colectivos de identificación de nuestros valores, prejuicios y conductas sexistas para llevar a cabo la de-construcción interior como hombres patriarcales y la reconstrucción como hombres-personas igualitarias.

Nuestra responsabilidad colectiva consiste en el reconocimiento explícito de que, históricamente, los hombres hemos ejercido una opresión social e individual sobre las mujeres, aprovechándonos de ello para situarnos en una posición de privilegio. Consideramos que, moralmente, los hombres del Siglo XXI estamos obligados a posicionarnos públicamente contra esta discriminación histórica y a fomentar y apoyar acciones positivas que contrarresten esta situación, reparando, en la medida de lo posible, los daños de todo tipo que el sexismo ha generado.

Es necesario hacer una especial mención a la discriminación que han sufrido los grupos de hombres que no cumplían con las normas que establecía el modelo tradicional masculino. La represión ha sido, especialmente dura e injusta para con los hombres homosexuales (sin obviar la doble discriminación que han sufrido las mujeres lesbianas), ante los que también tenemos una responsabilidad histórica.

5.- FACTORES AFECTIVO-EMOCIONALES, EN EL ORIGEN DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Una de las consecuencias de la temprana división funcional en que se organizó la vida humana, es que los hombres se abrieron a un mundo social, de competitividad y fuerza, en el que el autoconocimiento del propio mundo afectivo-emocional, no jugaba un papel importante.

Sin embargo, las mujeres se fueron especializando en todo lo contrario. O quizás, no perdieron, no se embrutecieron, como sí les ocurrió a los hombres. El caso es que pasados miles de años, nos encontramos en un escenario en el que hombres y mujeres tienen dos formas diametralmente distintas de relacionarse con su yo interior, especialmente, en lo que se refiere al mundo de la afectividad, los sentimientos y las relaciones personales.

En la actualidad, los hombres y las mujeres desarrollan vidas emocionales muy diferentes entre sí. En su generalidad, las mujeres aprenden, durante su infancia, las

habilidades y conocimientos que necesitan para poder mantener una relación positiva con su mundo afectivo; son capaces de reconocer sus emociones y se relacionan con ellas y con las de las otras personas. Contemplan su vida como un todo integral en el que razón y emoción se relacionan e interactúan.

Sin embargo, los hombres permanecen ajenos a esta cultura de los sentimientos. En su primera infancia, reciben ya claros mensajes de lo que han de ser: seres fuertes, que han de responder con esa imagen en todo momento y ante todo tipo de situaciones y personas. Tal es así que, al poco, los niños han interiorizado esta imagen hasta el punto que ellos mismos se ven de esa manera ante sí.

La cultura popular, a la vista de estas circunstancias, ha expandido la idea de que estas diferencias son innatas; es que los hombres son así de brutos y las mujeres así de sensibles, es que a los hombres no les gusta hablar de determinadas cosas y a las mujeres sí, es que los hombres no se fijan en las cosas de la casa, los colores o las alteraciones afectivas de las otras personas y las mujeres sí. Los hombres no lloran y las mujeres sí.

Los hombres no hablan de sus sentimientos y las mujeres sí. Esta es una de las grandes generalizaciones que se hace sobre el tema. Los hombres no hablan, se callan las cosas, no se comunican. Hay que sacarles las palabras con sacacorchos y no se sienten a gusto con estos temas... simplemente, porque son así.

Nada más lejos de la realidad. Las condiciones biológicas en nada tienen que ver con estas diferencias que tienen su origen, claramente, en factores culturales. En el aprendizaje que todos y todas hacemos desde pequeños... desde el primer día de vida.

Y esto no es exageración. En EE.UU. se hizo una investigación en hospitales maternos. A un determinado número de bebés, se les vistió indistintamente de azul y rosa y no se informó, intencionadamente a las familias extensas y amigos, de cuál era el sexo de/la recién nacido/da. Simplemente se esperó a ver –y grabar- las reacciones ante los colores –estereotipos- de las prendas.

Los resultados fueron aplastantes. Las reacciones de las personas que visitaban el hospital fueron radicalmente distintas ante bebés de azul o bebés de rosa –ojo, que también podían ser niñas vestidas de azul o niños vestidos de rosa-. A las supuestas niñas, se les hablaba con palabras de cariño y cercanía. Se les acurrucaba y las palabras tenían un alto contenido afectivo-sentimental.

Con los supuestos niños, y según los propios investigadores, los susurros se tornaron zarandeos. Se alzaba considerablemente el tono de voz y los contenidos de los mensajes hablaban mucho de su fortaleza y de su papel como machos y muy poco de sentimientos.

A la vista de esto ¿cómo podemos extrañarnos, pues, de que pasado el tiempo estas criaturas hayan desarrollado mundos internos completamente distintos? Es evidente que estamos totalmente determinados por unos procesos de socialización que comienzan

implacablemente su labor, ya en nuestro primer día de vida e, incluso, antes, pues otras investigaciones hablan de diferencias durante el embarazo, ahora que ya se sabe el sexo del bebe con meses de antelación.

En su archiconocido libro “Inteligencia Emocional”, Daniel Goleman describe acertadamente qué ocurre en los años siguientes:

“Durante todo este período, las lecciones emocionales recibidas por los niños y las niñas son muy diferentes. A excepción del enfado, los padres hablan más de las emociones con sus hijas que con sus hijos y es por esto que las niñas disponen de más información sobre el mundo emocional”.

A lo que yo añadiría que no sólo son los padres los que contribuyen a esto. No podemos olvidar la enorme fuerza que tienen los otros procesos de socialización que concurren en la mente infantil. Los modelos masculinos y femeninos son radicalmente diferentes y eficazmente transmitidos, ya desde la guardería. También por la televisión y, por supuesto, por los grupos de iguales y resto de personas adultas que conforman el entorno cercano de la criatura.

Este proceso de diferenciación entre niños y niñas continúa durante toda la infancia y la adolescencia. En la práctica, ya nunca se detiene a lo largo de toda la vida de la persona y cuando llegamos a la adultez, nos encontramos con que los varones, en su gran mayoría, no han realizado los aprendizajes básicos que les permitirían mantener una relación madura con las emociones, las propias y las ajenas.

En cambio, lo que sí han aprendido es a tapar eficazmente sus emociones. El propio Goleman recoge un estudio en el que los resultados indican que los niños, a la temprana edad de 6 años, ya han aprendido a ocultar sus emociones. Más del 50% de las madres tuvieron dificultades para identificar en sus hijos correctamente lo que sentían en ese momento, porcentaje que bajaba drásticamente para el caso de las niñas.

Esto es así porque los niños, ante la necesidad de cumplir con los mandatos del modelo masculino hegemónico, optan por la única vía que les permite mostrarse fuertes siempre y en cada momento; tapar sus emociones. Las ocultan ante los demás y, al cabo, también ante sí mismos, pues el modelo de la fortaleza es interiorizado y acabamos, todos, por creérnoslo.

Y, claro, ser fuerte y serlo siempre, es absolutamente incompatible con lo que es una persona “normal” y con poder sentir alguno de los 4 sentimientos considerados básicos: la ira-rabia, el miedo, la tristeza y la alegría.

Estos son los cuatro elementos que componen la paleta básica de nuestro crisol de sentimientos. No sólo todos los seres humanos, sino los mamíferos superiores, los tienen. Y, sin embargo, en aplicación del modelo masculino tradicional, a los hombres se nos niegan dos de ellos. A una persona que se le “mandata” que ha de ser siempre fuerte, le resulta absolutamente incompatible el poder sentir miedo y tristeza. Sencillamente, no se puede sentir miedo y hacer creer a los demás y, sobre todo, a uno

mismo, que se es realmente fuerte. No se puede sentir tristeza si se supone que uno ha de controlarlo todo, ser fuerte y poderoso. Y, muchísimo menos, miedo o inseguridad. Este último sentimiento está proscrito en el espectro de posibilidades masculinas, desde muy pequeños.

Esto en aplicación de ese modelo tradicional y de ese tipo de fuerza, pues quien ha experimentado esos caminos vitales, sabe bien de la enorme fuerza que sobreviene tras el propio reconocimiento de la vulnerabilidad y debilidad. Esta es una de las grandes conquistas y ganancias que se encontrarán los hombres que recorran el camino hacia la igualdad. Pero, por ahora, los hombres seguimos tapando durante toda la vida.

Se dice que los hombres no saben expresar sus sentimientos. Esto sería la base de lo que podríamos llamar “el analfabetismo emocional masculino”. Sin embargo –y a la vista de lo explicado resulta evidente- el problema es anterior. No es que los hombres no sepan expresar sus sentimientos, es que no saben identificarlos.

Los hombres, ya desde niños, aprendemos a mirar para otro lado. A ocultarnos a nosotros mismos todos aquellos sentimientos –de miedo, inseguridad, frustración, tristeza, impotencia- que se contradicen con el modelo predominante de fortaleza masculina, que, con tanta efectividad, nos han inculcado.

Este aprendizaje de “mirar hacia otro lado”, de “mirar hacia fuera” de “ocultamiento de nosotros mismos” de “autoengaño”, de vivir de “espaldas a nuestra realidad afectiva” se va exagerando con el paso de los años. Es una apuesta que se va elevando y, cada vez, hemos de mantener el envite más alto, porque cada vez son mayores las contradicciones internas.

Con el paso de los años a los hombres se nos va olvidando nuestro mundo interior. Tanto nos acostumbramos a no mirarnos, a mirar hacia fuera, que llegado un momento (entre la adolescencia y al primera juventud) nos olvidamos totalmente del ser que hay dentro. Ya sólo somos lo que “debemos ser” lo que “se espera de nosotros”, lo que nosotros consideramos, de acuerdo a los valores del modelo tradicional masculino, que debemos ser y hacer.

Esto ocurre a una edad en que uno se cree que puede con todos. A una edad en que la fortaleza propia, aparentemente, no tiene límites.

Un joven, de aproximadamente 25 o 30 años, lleva tanto tiempo tapando y tapándose sus sentimientos, que con el paso de los años, se ha distanciado tanto de su mundo afectivo que ya no tiene capacidad para identificar, aislándolo del resto y poniéndole nombre y significado, a un sentimiento. No es que no sintamos, es que no sabemos qué significa lo que sentimos.

Con esto nos encontramos con que los hombres llegan a un punto, quizás al inicio de su proceso de madurez, en que ya prefieren que las cosas sigan siendo como son. Llevan tantos años tapando, que les da horror abrir su caja de pandora interna. Además, sencillamente, no sabrían qué hacer con todo lo que hay dentro, porque no se han

experimentado en las habilidades necesarias para conducir su mundo afectivo de forma completa y positiva.

Todo ello hace que los hombres no estén mintiendo cuando, por ejemplo, responden con un “no sé” o un “nada” cuando sus parejas les preguntan qué sienten en determinadas situaciones o hechos. No es que no sepan comunicarlo, es que, sencillamente, no pueden identificar ese remolino incoloro y sordo, que bulle por algún lado de su apartado ser interior. Y la inseguridad que provoca en los hombres esta situación, de la que ellos son plenamente conscientes, hace que, por ejemplo, se sientan muy incómodos ante frases tales como “cariño, tenemos que hablar”.

6.- CONSECUENCIAS

Son variados los efectos que, en la conducta y la personalidad masculina, provoca esta castración afectiva. Podríamos destacar:

Enorme fragilidad e inseguridad internas. Especialmente ante personas (las mujeres) de las que se percibe que sí que han desarrollado adecuadamente su mundo afectivo, el cual, se contempla desde la inseguridad y el desconocimiento masculinos, como algo mágico que otorga gran poder a las mujeres sobre los hombres, que les hace controlar todos los aspectos de la relación (mi mujer me conoce mejor que yo mismo). Este es el origen de la famosa aversión de los hombres a tratar sobre su mundo interno, dado que es un tema que les hace sentirse especialmente inseguros, sobre todo, si piensa que su interlocutora posee unas habilidades especiales que a él se le escapan.

Incomunicación. Incapacidad para mantener una relación positiva y madura con su propio mundo afectivo y, por supuesto, con el de las demás personas. Esto es aplicable a otros hombres (soledad masculina, ya que esta realidad sólo permite relaciones superficiales –trabajo, coches, deportes, sexo, política y poco más-) y también con respecto a las mujeres, con las que no sabemos relacionarnos adecuadamente (identificar sus sentimientos, ser capaces de responder adecuadamente a sus demandas, etc.).

Se es esclavo de los estereotipos y los modelos pre-fabricados de relaciones y valores. Esto es así porque los hombres no han hecho el recorrido vital de construcción de valores y visiones propios.

Intercambio o transmutación de sentimientos: Este es quizás, uno de los efectos más graves sobre terceras personas. Al estar “prohibidos o sancionados” por el modelo dominante, determinados sentimientos, se produce un fenómeno de superposición o transmutación hacia sentimientos sí permitidos. Es muy habitual que cuando los hombres sienten inseguridad, miedo, frustración o tristeza, lo reconviertan en sentimientos de ira (que sí que está permitida). Nos encontramos, por ejemplo, ante el típico pronto masculino (mi marido es muy bueno, pero tiene un pronto...) que no es

más que la expresión permitida de toda esta gama de sentimientos invalidados y castigados por el modelo hegemónico.

Además, la ira y la rabia presentan otro efecto perverso: empoderan a quienes la sienten y se dejan llevar por ella. De este modo, los hombres solucionan muy eficazmente el malestar que les producen los sentimientos de inseguridad, frustración o miedo. Este fenómeno tiene mucho que ver con el proceso de empoderamiento negativo que viven los hombres maltratadores.

Y, por supuesto, una cuestión muy importante. Desde esta situación que hemos explicado, hasta el hecho de que un hombre responda (con ira y/o rabia) violentamente ante situaciones emocionalmente adversas, sólo va un pequeño paso.

7.- OTRO MODELO EMOCIONAL ES POSIBLE

En una ocasión, impartiendo un Taller a presos reclusos en una cárcel, uno de ellos me inquirió diciéndome que todo lo que le acababa de explicar sobre las emociones y los hombres estaba muy bien pero que aquello era otro mundo y que allí no podían permitirse el lujo de ser “débiles”.

Este hombre –lo cual es lógico- había identificado la propuesta de abrirnos a nuestro mundo emocional con la idea de debilidad. Esto es lo que llevamos haciendo los hombres durante miles de años, identificando emociones con debilidad y huyendo de ese campo, mediante el desprecio, la broma fácil y el ocultamiento.

Sin embargo, sucedió un hecho muy significativo. Otro preso me ahorró la labor de contestarle y, además, lo hizo mucho mejor y de manera más gráfica de lo que yo jamás hubiera podido.

Se levantó y le dijo que no se trataba de ser débil. Que no era eso. Que más bien, de lo que se trataba era de no tener que ir por las galerías haciendo frente a cualquiera que intentara rivalizar (bueno, lo explicó con otras palabras que, como comprenderán, no son reproducibles en este texto).

Le dijo: mira, tú tienes la opción de tirar por ese pasillo, en el que sabes que te vas a encontrar con fulanito o menganito que te va a poner en un aprieto y te va a provocar o, bien, tirar por el otro camino, siempre hay otra galería, en la que sabes que no va a haber conflictos. El problema es que somos tan burros que no podemos tirar por el camino pacífico y tenemos que estar siempre midiéndonos con cualquier c. que nos encontremos.

Mejor explicado imposible. No se trata, ni mucho menos, de que seamos débiles. Simplemente, de que seamos capaces de identificar el modelo de masculinidad que tanto nos ha determinado y sus consecuencias. Y, a partir de ahí, que podamos vernos y aceptarnos como lo que somos... “mamíferos con emociones de mamíferos” y que

seamos capaces de no avergonzarnos de esas emociones. Esto implica, por tanto, ser capaces de no ocultarnos a nosotros mismos nuestro mundo emocional. De no juzgarnos como poco hombres por el hecho de sentir inseguridad o miedo, frustración o tristeza...

Quien ha experimentado estos caminos vitales, sabe bien de la enorme fuerza que sobreviene tras el propio reconocimiento de la vulnerabilidad y debilidad. Esta es una de las grandes conquistas y ganancias que se encontrarán los hombres que recorran el camino hacia la igualdad.

8 ¿PERFIL DEL MALTRATADOR?

A menudo se dice que no existe un único perfil de hombre maltratador. Y es cierto. Pero también lo es que sí que se dan elementos comunes a buena parte de los hombres que ejercen la violencia.

Quizás, el más importante, es el hecho de que son hombres que han interiorizado profundamente los mensajes del proceso de socialización masculino y, en especial, han basado su sistema de autoempoderamiento personal en las premisas de este patrón milenario base de la cultura machista.

Son hombres que reaccionan con rabia e ira ante situaciones que les generan contrariedad, inseguridad o frustración. Y no olvidemos que, en este modelo y en relación a las mujeres, los niveles de susceptibilidad ante la libertad de las mujeres pueden llegar a ser enormes.

La práctica de los diferentes programas de tratamiento a hombres con antecedentes de violencia machista nos dice que se pueden conformar dos grandes grupos o dos grandes causas, de esa violencia:

- La celotipia
- Una respuesta agresiva ante los conflictos en la pareja

En ambos casos, hay una sensación de traición de “su” mujer, que ha roto el pacto implícito, que ellos consideraban pre-existente, en el sentido de que ella debía apoyarlos en todo. El cuestionamiento de sus acciones o decisiones es vivido como un ataque a la base de su seguridad personal.

Aquí es necesario hacer mención al miedo endémico de los hombres a la libertad de las mujeres, especialmente, de “sus” mujeres y, más especialmente aún, si se trata del terreno de la sexualidad. Durante milenios, uno de los objetivos claro del sistema patriarcal ha sido el control de las mujeres, la limitación de su libertad individual dentro de los límites de seguridad que establecían los hombres. En las últimas décadas, las mujeres están rompiendo estas barreras y una parte de los hombres están respondiendo, en su desubicación e inseguridad, con la violencia y la imposición.

9.- LAS BASES PARA LA VIOLENCIA DE GÉNERO

A modo de resumen final, me atrevo a apuntar cuales son, en mi opinión, los grandes factores que constituyen el caldo de cultivo de esta situación.

Lucha por el poder: Estamos en la coyuntura histórica de mayor transformación en cuanto a las relaciones entre personas de distinto género. En apenas un Siglo y, especialmente en los últimos treinta años, se han producido más cambios que en los milenios anteriores. Hay una sensación generalizada de pérdida de poder del hombre y de aumento del poder de las mujeres. De retroceso o estancamiento de los hombres y avance de las mujeres. Muchos hombres se vengan en sus mujeres –que suele ser la única sobre la que tienen poder- del conjunto de las mujeres, ante quienes, en esta nueva situación, se siente especialmente indefenso, inseguro e inferior.

Estos hombres intentan construir en sus hogares, espacios de seguridad a base de rabia e imposición a través de la violencia. Exige de “sus” mujeres, que compensen con sumisión, su sensación generalizada de inseguridad y, rápidamente, las culpan de sus miedos y frustraciones.

No es casualidad, por tanto, que la mayor parte de las acciones violentas de hombres contra sus parejas se produzcan en el momento de la separación. Es justo cuando el hombre siente que está perdiendo todo el poder, el último que le quedaba y, además, se ve sólo, sin recursos ni redes sociales en las que apoyarse realmente.

Así pues, estamos ante una situación de rencor e inseguridad ante el avance de las mujeres. Los hombres ven, desde hace décadas, que las mujeres avanzan y ellos están estancados. Ven que el “equilibrio” tradicional está siendo sustituido por una nueva sociedad “diseñada por las mujeres”. En este proceso, los hombres hace ya años que empiezan a verse como víctimas de un “poder femenino/feminista” que –y este es el gran temor de la mayoría de los hombres en la actualidad- no se va a parar en la igualdad, sino que, una vez tomado el impulso, el movimiento seguirá hasta copar todo el poder y dejar a los hombres doblegados y “esclavos”.

Graves deficiencias en el mundo emocional masculino, que le impiden acometer la situación actual con una actitud positiva ante el cambio. Además, este “analfabetismo emocional” se ha construido a lo largo de toda la vida del hombre a base de ocultar-se los sentimientos. La negación de una parte de los sentimientos ha generado un mecanismo de transferencia que ha provocado que buena parte del “dolor” masculino no tenga más vía de escape que la ira y la rabia. Esto provoca que las reacciones de muchos hombres ante situaciones de conflicto sean de violencia.

Falta de referentes que sirvan de alternativas al modelo tradicional masculino. Los hombres tienen graves dificultades para salirse del modelo hegemónico. En primer lugar, las fuerzas que le conducen a ser y comportarse de una determinada manera, asumiendo los valores de ese modelo, son enormes. El “deber ser” en los hombres,

actúa como un corsé de acero que constriñe deseos y voluntades. No hay nada que se oponga a los procesos de socialización que, por tanto, provocan una absoluta interiorización de los valores tradicionales, que son asumidos como propios por la inmensa mayoría de los hombres.

A la sociedad no llega, claramente, ningún mensaje diferente, con contenidos que a los hombres les sirvan de alternativa al modelo hegemónico y de referentes en sus procesos de cambio. El hombre actual recibe muchas exigencias para que realice ese cambio pero muy pocos indicadores reales y prácticos de cómo hacerlo.

Entre otras muchas deficiencias, hay que decir que no existe un movimiento de hombres por la igualdad, fuerte y articulado, que sirva de referente para el conjunto de la población masculina y que tenga la capacidad de emitir un mensaje que sirva a los hombres de buena voluntad en su deseo de cambio.

Control masculino: existe un alto grado de control social entre hombres, de tal manera que aquel que incumpla las reglas del modelo de masculinidad y el pacto de “autodefensa” ante las mujeres, es duramente castigado (burlas, chanzas, chistes, desprecios, insultos, aislamiento, etc.).

Hay que hacer mención de otro fenómeno social masculino que podríamos denominar como la permisividad hacia los violentos. Se trata de un cierto colchón social del que disfrutaban los hombres que ejercen la violencia sobre las mujeres. Esto es lo que permite, por ejemplo, que el maltratador reconocido como tal en toda la comunidad, pueda mantener una vida social sin ningún tipo de inconvenientes. Afortunadamente, esto está cambiando sustancialmente en los últimos años.

BIBLIOGRAFÍA

CLARE, A. “*Hombres. La masculinidad en crisis*”. Ed. Taurus. Buenos Aires. 2002

ECHEBURÚA, E. Y DEL CORRAL, P. “*Manual de violencia familiar*”. Ed. Siglo XXI. Madrid. 1998

FERNÁNDEZ DE QUERO, J. “*Hombres sin temor al cambio. Una crítica necesaria para un cambio en positivo*”. Ed. Amarú ediciones. Salamanca. 2000

- FUENTES, M. “*Mujeres y salud desde el sur*”. Ed. Icaria milenrama. Barcelona. 2005
- GABARRÓ, D. “*Transformar a los hombres, un reto social*” en <http://www.corresponde.ahige.es/bibliografia.html>
- GIL CALVO, E. “*El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*” . Ed. Temas de hoy. Ensayo. Madrid. 1997
- GUILLOT, P. “*Cuando los hombres hablan*”. Editorial Icaria, Barcelona,2008
- KYLE D. “*El rol del padre. La función irremplazable*”. Ed. Vergara. Barcelona. 2001
- GILMORE, D. “*Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*”. Ed. Paidós Básica. Barcelona. 1994.
- GOLEMAN, D. “*Inteligencia emocional*”. Ed. Kairós. Barcelona. 2004
- GURIAN, M. “*De niños a hombres*”. Ed. Vergara. Buenos Aires. 1999
- KREIMER, J. C. “*Rehacerse hombres*”. Ed. Planeta. Nueva conciencia. Buenos Aires. 1994.
- MOLTÓ BROTONS, J. “*Psicología de las Emociones. Entre la Biología y la Cultura*”. Ed. Albatros. Barcelona. 1995
- SEIDLER, V. J. “*La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*”. Ed. Paidós genero y sociedad. Buenos Aires. 2004
- THOMPSON, K. “*Ser hombre*”. Ed. Kairós. Barcelona. 1993
- TUBERT, S. “*Del sexo al género*”. Colección Feminismo de Cátedra. Madrid, 2003.
- VARELA, N. “*Feminismo para principiantes*”. Ediciones B. Barcelona. 2005
- WIECK, W. “*Los hombres se dejan querer. La adicción a la mujer*”. Ed. Urano. Barcelona. 1991

